

liente y animoso, sino también del más hábil jinete del mundo.» Tales eran los placeres de aquella generación heroica y violenta; pero ésta también gustaba de otros más delicados; así Catalina hizo representar una comedia «sobre el asunto de la bella Ginebra del Ariosto,» cuyos papeles fueron desempeñados por las más egregias damas y por los principales personajes de la corte.

La corte se ofrecía como lugar de delicias á esos hidalgos que acababan de soportar las privaciones de los campamentos. Ochenta doncellas de honor formaban el cortejo de la reina, la cual quería que fueran cubiertas de seda y oro, adornadas «como diosas,» pero afales como mortales, y se servía de ellas para descubrir un secreto, desvanecer un escrúpulo ó quebrantar una convicción. Este escuadrón volante, como se le llamaba, hacía muchas conquistas; y Condé, «ese pequeño príncipe tan lindo, que siempre canta y siempre ríe,» olvidaba, entre la hermosa mariscal de Saint-André y la coqueta Isabel de Limeuil, á su esposa moribunda, Leonor de Roy, y á su partido, se aproximaba á los Guisa y se atraía los anatemas de los ministros y las doloridas amonestaciones de Calvino (1).

Catalina contaba también con el prestigio de la persona real y esperaba que la vista del joven rey reanimaría el culto monárquico; esta fué la principal razón de aquel viaje á través de las provincias que duró casi dos años, de aquella gran vuelta alrededor de Francia en que el soberano entró en contacto con «los pueblos» de su reino. Desde la Isla de Francia hasta los Alpes y los Pirineos, desde la Bretaña á la Auvernia, paseóse la corte, como campamento ambulante para atemorizar á los unos, infundir confianza á los otros y demostrar á todos que después del principado de los Guisa, la realeza recobraba la dirección de sus destinos y la responsabilidad de sus actos. La partida se efectuó el 13 de marzo de 1564.

Durante esta excursión regia, la reina madre continuó practicando la política de balancín; pero la aplicación de ésta pareció más dura á los protestantes que á los católicos. La reina de Navarra, acompañada de ocho ministros, saludó al rey; y esta demostración, que podía ser considerada como una bravata, inspiró probablemente la declaración de Lyon (24 de junio de 1564) que prohibió expresamente el ejercicio del culto reformado en todos los sitios en que estuviera el rey y por todo el tiempo que en ellos permaneciese. Ya el Edicto de Vincennes (14 de junio de 1564) había prohibido á los reformados que trabajaran en tiendas abiertas los días de fiesta de la Iglesia católica, por lo que aquéllos se quejaron de estas restricciones diciendo que eran una violación del Edicto de Amboise.

Los protestantes, invocando la letra de este edicto, reivindicaban el derecho de practicar su culto en todas las ciudades en donde se celebraba en 7 de marzo de 1563; pero el gobierno sólo quería autorizarlo en las plazas fuertes ocupadas en aquella fecha por una guarnición permanente, no en las ciudades abiertas en donde el azar de las circunstancias, como el paso de alguna partida, había hecho surgir momentáneamente el nuevo culto, y no se permitió á los reformados tener escuelas, ni á los ministros residir en otros lugares que en

(1) Calvino murió el 27 de mayo de 1564.

los que estaban oficialmente designados para los oratorios. Sólo allí se autorizaron las cuestaciones para los pobres de la religión. Tal vez la reina madre esperaba que el protestantismo, de tal suerte cohibido y con medios de proselitismo limitados, se extinguiría.

Pero aunque interpretaba el Edicto en el sentido más restrictivo, quería respetarlo en su conjunto, y á menudo daba la razón á los protestantes contra los Parlamentos, los gobernadores y las municipalidades que querían excluirlos de las dignidades públicas y se negaban á dispensarles de las obligaciones contrarias á su conciencia. Carlos IX, desde Valence (5 de septiembre de 1564), permitió á los reformados de Burdeos que no pusieran colgaduras en sus casas al paso de las procesiones y que no juraran «por el brazo de San Antonio» en justicia; y su permanencia en el Comtat fué favorable á los protestantes del territorio pontificio, á quienes Serbelloni, á petición suya, prometió restituir sus bienes. En Provenza fué acogido por los católicos á los gritos de «¡Viva el rey y viva la misa!» pero en Nimes los reformados clamaron á su paso «¡Justicia!» contra el gobernador del Langüedoc, Enrique de Montmorency-Damville.

De cuando en cuando algún incidente brutal advertía á Catalina los peligros que corría la paz pública. Al partir, había confiado el gobierno de París y de la Isla de Francia á Francisco de Montmorency, hijo mayor del condestable, que, al revés de su hermano, el gobernador del Langüedoc era considerado como hombre de espíritu tolerante y juicioso; pero desgraciadamente tenía como su padre el arte de aplicar torpemente las consignas. El rey había prohibido que se llevaran armas de fuego, pero el cardenal de Lorena, que decía estar amenazado por los cómplices de Poltrot y que por esta razón había sido autorizado para hacerse escoltar por una compañía de arcabuceros, quiso entrar en París acompañado de éstos; el gobernador, que le profesaba muy pocas simpatías, le cerró el paso en la calle de San Dionisio y, cargando contra la escolta, la dispersó (8 de enero de 1565).

Cuando llegaron estas noticias á Carcasona, despertaron grandes temores, formándose entonces dos partidos: Coligny se declaró en favor de Montmorency, al paso que Condé, que estaba en buenas relaciones con los Guisa, censuró el abuso de autoridad del gobernador; y el rey, en vista de que la agitación continuaba, prohibió la estancia en la ciudad á los Lorena, á los Chatillon y á algunos otros jefes protestantes (mayo).

IV.—Catalina y Felipe II

Aunque estos disturbios no son imputables á la reina madre, ésta es responsable, en buena parte, de las inquietudes que á las Iglesias reformadas inspiraban sus relaciones con las potencias católicas. No contenta con estar en correspondencia con Felipe II, resolvió verle, y ya en abril de 1561, en sus cartas á su hija, insinuaba la idea de una entrevista; cuando su autoridad estuvo consolidada, su proyecto tomó mayores proporciones y entabló negociaciones en Viena y en Madrid para la reunión de un congreso de los soberanos católicos. Halagábale sin duda más que todo el placer de presentarse en compañía del emperador, del papa y del rey

de España; acariciaba la ilusión de convencerlos de que su gobierno servía á maravilla los intereses del catolicismo, y contaba con hacerse pagar algunas concesiones ó algunas promesas con sólidos convenios matrimoniales, no creyendo imposible que Felipe II casara á D. Carlos ó al archiduque Rodolfo con Margarita de Valois y diera á Enrique de Orleans la mano de su hermana doña Juana, con un principado por dote.

En el entretanto, murió el emperador Fernando (25

alianza de los dos gobiernos contra sus súbditos herejes y reclamar la expulsión de los ministros protestantes, la depuración de los Parlamentos y del Consejo privado y la admisión en Francia del Concilio de Trento, á cambio de todo lo cual sólo ofrecía la reciprocidad. No era esto lo que convenía á Catalina, la cual estaba dispuesta á hacer algunas concesiones, pero á condición de que el duque de Alba pusiera precio á ellas; y habiendo confiado á su hija sus proyectos ma-



El duque de Alba

de julio de 1564). El papa sabía hasta qué punto se podía confiar en el apoyo de Catalina, la cual se dirigió entonces al rey de España, de quien, á decir verdad, esperaba más que de nadie; pero Felipe II no ponía la menor diligencia en corresponder á sus insinuaciones, pues, temiendo que la entrevista alarmara á las demás potencias, quería conocer de antemano las cuestiones que en ella se discutirían. Catalina afirmaba que de aquella conferencia saldría el mayor bien y que los asuntos religiosos podrían arreglarse.

Estas semi promesas acabaron por tentar á Felipe II, quien, si bien no quiso acudir en persona, decidió enviar á la reina Isabel y al duque de Alba, su principal consejero. Catalina recibió esta noticia estando en Tolosa.

La entrevista se celebró en Bayona (14 de junio-2 de julio), organizándose con este motivo brillantes fiestas para solemnizar la feliz reunión de las cortes de Francia y de España y al mismo tiempo para cubrir el secreto de las negociaciones. Las instrucciones que llevaba el duque de Alba consistían en proponer una santa

trimoniales, Isabel cortó el vuelo de sus ilusiones diciéndole que Felipe II no quería casar á D. Carlos y que en ningún caso daría un Estado en dote á doña Juana. Catalina insistió é hizo decir al duque de Alba que el matrimonio del duque de Orleans mejoraría mucho los asuntos de la religión, pero el duque respondió que aquel trato no era digno: «El Rey Católico, decía á Catalina, tiene empeño en saber si queréis ó no, señora, remediar las cosas de religión. ¿Debe contar con vuestro hijo ú obrar solo? Sólo con este objeto ha venido la reina vuestra hija á Bayona.»

La entrevista tomaba mal cariz, y para que no terminara bajo esta penosa impresión, la reina madre celebró en 30 de junio un consejo al cual asistieron, con la reina de España y el duque de Alba, algunos católicos ilustres, tales como los cardenales de Borbón y de Guisa, el duque de Montmorency y el mariscal de Bourdillon. El condestable justificó la conducta de Carlos IX respecto de los protestantes y demostró cuán peligroso sería declararles la guerra, pero añadió que si perturbaban el Estado, el rey sabría castigarlos. Después habló

Catalina, «la cual ofreció á mi esposa, la reina, escribe Felipe II, remediar todo esto (la situación religiosa) en el plazo más breve, y declaró que no opondría tardanza alguna en hacerlo una vez terminado el viaje. La reina, mi esposa, se contentó con semejante resolución porque se comprende claramente que el día en que se quiera poner remedio la cosa estará hecha.» El embajador de España, Francés de Alava, en una carta al secretario de Estado español, Eraso, no se muestra muy entusiasmado: «Témola por la confusión que en ella siento ay algunas veces y lo que anteevo que an de martillar estos eresiarcas y otros que, aunque no tienen nombre de ello, lo son (1).»

Catalina había contraído el compromiso vago de poner remedio á la situación religiosa. ¿Entendía con ello la adopción de medidas represivas contra los hugonotes, ó hay que creer, como afirma el embajador veneciano, que prometió simplemente aceptar el Concilio de Trento? Se ha creído que entre ambas cortes se llegó á un acuerdo para la extirpación de la herejía, y se ha supuesto que el duque de Alba sugirió á Catalina la idea de una matanza de los jefes protestantes; pero aunque es cierto que en Bayona se pronunciaron palabras de sangre, las frases que pueden considerarse auténticas fueron dichas por católicos franceses; así el confesor del duque de Montpensier dijo al duque de Alba que el medio más expedito sería cortar la cabeza á Condé, al almirante, á d'Andelot, á La Rochefoucauld y á Gramont. En cuanto al duque de Alba, negó haber dado consejos de rigor: «Bien sé, decía al embajador de Francia, que algunos han creído que... yo había impulsado á Sus Majestades á tomar las armas contra los de la otra religión; pero en verdad no fuí á Francia para oficio tan malo y de seguro que el rey, mi señor, me habría desautorizado.»

Algunos meses después de la entrevista, nada quedaba de la equívoca inteligencia de las dos cortes. Es más, el establecimiento de los franceses en la Florida por poco los hace reñir. Juan Ribaut había abordado en América, fundado Charlesfort (mayo de 1562) y dejado allí algunos hombres que, olvidados durante la guerra civil, fueron recogidos moribundos en una barca cerca de las costas de Inglaterra (agosto de 1563); pero después de firmada la paz, Coligny había hecho partir del Havre una nueva expedición á las órdenes de Laudonniere (22 de abril de 1564). Los franceses desembarcaron en la Florida y construyeron en un islote el fuerte de la Carolina, mas como no eran colonos, sino soldados, unos recorrieron el mar de las Antillas y saquearon los buques españoles, y otros, si bien exploraron el país, no cultivaron las tierras y sobrevino el hambre. Abastecidos oportunamente por el navegante inglés John Hawkins, reunióseles Juan Ribaut, con quien iban 700 hombres, artesanos y soldados, y 200 mujeres (28 de agosto de 1565), pudiendo empezar entonces la colonización.

Felipe no quería tolerar, como decía su esposa á nuestro embajador, «que los franceses se estableciesen tan cerca de sus conquistas y que sus flotas, yendo y

(1) De esta frase ha sacado Combes, por virtud de un contrasentido, la prueba decisiva de que la matanza de San Bartolomé se decidió en Bayona. Combes, *Lectures historiques*, II, página 259.

viniendo de Nueva España, se viesen obligadas á pasar por delante de ellos;» pero, á pesar de las amenazas del embajador de España, Catalina se negó á desautorizar y castigar al promotor de la expedición, y Carlos IX declaraba que aquella tierra era nuestra, que nuestros marinos la habían visitado desde hacía mucho tiempo y que por esto había conservado el nombre de Costa de los Bretones. El capitán español, Pedro Menéndez de Avilés, á quien Felipe II había confiado la misión de destruir la naciente colonia, desembarcó en ella con 2.000 hombres y sorprendió á los franceses dispersos. Laudonniere se escapó y Ribaut y sus compañeros se rindieron y fueron asesinados (octubre de 1565). Cuando Catalina se enteró de aquella matanza, montó en cólera é hizo exigir á la corte de Madrid 1566 justicia y reparación (marzo de 1566); pero habría sido preciso declarar la guerra y la reina madre ni estaba decidida ni se hallaba preparada para ella.

Catalina quería la paz en el interior y en el exterior y se vanagloriaba de haberla asegurado con su modo de gobernar: los ánimos se iban, al parecer, apaciguando, si bien aquel sosiego continuaba comprometido por la explosión de los odios populares; los asesinatos de que los protestantes eran las más de las veces víctimas, eran cada vez menos frecuentes; desde hacía más de dos años aplicábanse las restricciones introducidas en el Edicto de pacificación; y la resignación de los unos y la aparente tranquilidad de los otros creaban, al parecer, un estado de calma que Catalina consideraba como un triunfo. Y comparando la paz del reino con los disturbios que en los Países Bajos provocaba la política violenta de Felipe II, decía: «Debería tomar ejemplo de nosotros, que hemos enseñado á los demás, á nuestra costa, cómo han de gobernarse» (carta á Fourquevaux de 17 de mayo de 1566). ¿Habría hablado de esta suerte si hubiese prometido á Felipe II exterminar á los hugonotes?

V.—Levantamiento en armas de los hugonotes

El menor incidente, sin embargo, volvía las cosas á su anterior estado. Los católicos de Pamiers molestaban á los protestantes, y estos, en venganza, asaltaron los conventos y asesinaron ó expulsaron á los frailes (5 de junio de 1566); entonces el gobierno y el Parlamento de Tolosa intervinieron en la contienda y castigaron con rigor ejemplar á los fautores del desorden. La ejecución de un pastor causó gran emoción en las Iglesias protestantes, las cuales le veneraron como mártir.

Los acontecimientos de los Países Bajos mantenían la inquietud de los reformados. Los odios acumulados por la tiranía religiosa de Felipe II hicieron explosión y el populacho invadió las iglesias y derribó y destruyó las imágenes (agosto de 1566). El rey de España respondió á ese insulto inferido á Dios, que se añadía á las injurias personales por él recibidas, enviando á Flandes á un militar conocido por su dureza, el duque de Alba (2). Los hugonotes de Francia seguían con gran interés las contrariedades de sus correligionarios.

(2) Su comisión de capitán general es de 1.º de diciembre de 1566.



CARLOS IX, REY DE FRANCIA

(Cuadro de Francisco Clouet, 1500-1572, Museo del Louvre)